

## DECLARACION DEL COMITE EJECUTIVO DEL PARTIDO COMUNISTA OBRERO ESPAÑOL

# LA CONCENTRACION DE ROMA CON MOTIVO DEL 80 ANIVERSARIO DE DOLORES IBARRURI

UNA vez más se ha servido Santiago Carrillo del mito de la «Pasionaria» para montar una nueva operación publicitaria, similar a las que organizó en el pasado con los mítines de Montreuil y Ginebra.

En esta ocasión, S. Carrillo ha tomado como escenario de su operación publicitaria la ciudad eterna. Los días 13 y 14 de diciembre homenajeó con toda pompa a la octogenaria Dolores Ibárruri, junto con la dirección del Partido Comunista Italiano, que no ha reparado en medios y gastos para dar realce a este acto.

Naturalmente que la personalidad de Dolores Ibárruri y el papel político que ésta desempeña actualmente no justifican la movilización hecha por Carrillo y Berlinguer, los cuantiosos recursos empleados, las energías y esfuerzos derrochados y los costosos desplazamientos «camino de Roma» para conseguir una asistencia masiva a dicha concentración.

Esto no tiene vuelta de hoja. Por eso, la concentración de Roma oculta dos objetivos de largo alcance, que vamos a tratar de dilucidar.

### UNA PARODIA QUE ESCONDE FINES INCONFESADOS

Digamos en primer lugar que Dolores Ibárruri es una figura del pasado, la cual ha labrado la negación de su presente con la equívoca conducta que ha observado en los últimos treinta años. Hoy no desempeña ningún papel, ni en el movimiento comunista internacional, ni en el movimiento obrero español, ni en la vida política nacional, ni siquiera en el propio partido carrillista.

Su desprestigio proviene, primero, de haber propiciado la orientación revisionista-oportunista de S. Carrillo —contraria a la tradicional política revolucionaria del Partido Comunista de España—; segundo, de haber ayudado a S. Carrillo a desembarazarse de todos aquellos camaradas que se oponían en el partido a esa orientación y al encumbramiento de aquél; y, tercero, de haber contribuido a la liquidación práctica del PC de E. como partido marxista-leninista de la clase obrera española.

Las especulaciones de ciertas gentes de que Dolores Ibárruri ha defendido y defiende una política distinta a la de S. Carrillo, no se tienen de pie. Si bien es cierto que se desprecian mutuamente, no es menos cierto que ambos están unidos por el mismo cordón umbilical del revisionismo y el oportunismo. No se puede ser presidente de un partido durante dieciséis años y estar en desacuerdo con la política oficial de éste.

No hace tanto tiempo que Dolores Ibárruri ha declarado públicamente, defendiendo la campaña desencadenada por S. Carrillo contra el Partido Comunista Portugués, que «la suerte del Partido Comunista de España es tener a un Santiago Carrillo y no a un Alvaro Cunhal». Y por si ese pequeño detalle fuera poco, S. Carrillo se ha encargado de remachar el clavo. A preguntas de una periodista italiana de que «¿cuántos hay en el Partido comunista español que piensan como usted?», S. Carrillo respondió: «Puedo decirle que, hoy, todos los que desempeñan un papel importante o tienen poder de decisión en el partido, piensan como yo».

### EL PAPEL ACTUAL DE LA OCTOGENARIA AGASAJADA

Hoy, en España conocen a Dolores Ibárruri los viejos comunistas y militantes del movimiento obrero, que asocian su nombre a toda una época revolucionaria del «Partido Comunista de España». Dolores Ibárruri despuntó como tribuno y dirigente sobre todo cuando el P.C.E. fue encabezado por José Díaz, quien la orientó y la hizo desempeñar un relevante papel político en los azarosos

años de la II República y, muy especialmente, durante la guerra nacional revolucionaria del pueblo español contra el fascismo.

En el caso de Dolores Ibárruri se produce un doble fenómeno bastante singular, en el que, de un lado, su personalidad va empujándose como dirigente comunista nacional, en particular a partir de la desaparición de José Díaz, y no por razón de edad, sino por su incapacidad para llevar sobre sus hombros el peso de la dirección de un partido; y, de otro lado, va creándose a la par en el movimiento comunista internacional el mito de la «Pasionaria». En ella personificó primero el movimiento comunista la gran gesta del pueblo español en los años de 1936 a 1939, y materializó después en su figura la heroica y abnegada lucha de nuestro pueblo contra la dictadura fascista, especialmente la desplegada por los comunistas.

Las generaciones que no hicieron la guerra —ese sesenta por ciento de la población española actual— conocen muy poco a Dolores Ibárruri. A quien si conocen esas generaciones es a Santiago Carrillo. Pocos, como «dirigente comunista»; muchos, como un oportunista redomado y politicastro de la peor especie, y la inmensa mayoría por la propaganda que ha hecho en torno a su persona la propia «clase política» del régimen.

Sin embargo, S. Carrillo, que considera a Dolores Ibárruri como figura de una «época anormal pretérita» —según sus propias palabras— se viene sirviendo y se sirve hoy del prestigio que gozó en otra época y del mito generado después en el movimiento comunista internacional en torno a la figura de «Pasionaria».

Para desviar la atención de los continuos fiascos de sus profecías y planteamientos políticos, S. Carrillo necesitaba como el aire una operación publicitaria de altos vuelos que reuniera alrededor suyo, con el pretexto de los ochenta años de Dolores Ibárruri, a delegaciones de partidos, personalidades políticas y representantes de organizaciones de distinta índole a fin de prestigiar, de este modo, su persona tanto en el seno de su partido —donde existe un latente descontento contra la orientación de éste— como en el ámbito nacional e internacional, en el que han bajado mucho las acciones de Carrillo a la vista de todo lo que está ocurriendo en España.

Este era, pues, el primer objetivo. de orden interno, que se fijó S. Carrillo para organizar la operación publicitaria de la concentración en Roma.

### LAS PROFECIAS DE S. CARRILLO DESMENTIDAS POR LOS HECHOS

ES conocido que, como banco de prueba, la muerte del general Franco y la entronización de Juan Carlos han pulverizado toda la política que S. Carrillo venía propugnando a lo largo de una campaña propagandística de varios meses.

S. Carrillo apareca de continuo en las pantallas de televisiones extranjeras como una verdadera «vedette» y era objeto de entrevistas en radios, periódicos y revistas de todo género, incluidas las pornográficas, de los países capitalistas, dando recetas para curar todas las enfermedades que aquejan a la actual sociedad española. Y en emulación con esa campaña de los medios de información burgueses, tampoco se han quedado cortas las radios de algunos países socialistas.

¿Qué ha quedado de toda esa campaña, de sus múltiples declaraciones y profecías políticas? La verdad es que no ha quedado nada. ¿Qué pueden decir ahora quienes han contribuido tanto a propagar las soluciones milagrosas de S. Carrillo? La verdad es que no pueden decir nada, puesto que han corrido el mayor de los ridículos.

Veamos, aunque sea someramente, los supuestos políticos de esa orquestada campaña propagandística de S. Carrillo: —se ha jactado de que venían a visitarle a su casa «autoridades

de las finanzas y la Iglesia» (1) para «discutir de lo que está sucediendo en España, y hasta de lo que va a suceder» y resultaba que en el curso de la conversación todos «estaban de acuerdo» con él; se ha jactado también de que han acudido a él personalidades políticas españolas a mendigarle que concediera «una tregua a Juan Carlos» y «grupos políticos europeos» a pedirle que diera una «oportunidad» al nuevo rey para que éste pudiera llevar a cabo la liberalización del país;

—ha extendido la idea de que la desaparición física del dictador Franco traería automáticamente como consecuencia el cambio democrático en España; ha intentado sembrar ilusiones diciendo, primero, que Juan Carlos «debería formar un gobierno provisional representando a todos los grupos democráticos y organizar a continuación elecciones para elegir un gobierno popular» y, segundo, que prefería que subiera al trono «su padre, Don Juan», porque éste daba más garantías para abrir un proceso democrático en el país;

—ha presagiado que la clase obrera tenía un verdadero aliado en la lucha por la democracia en la llamada «derecha civilizada» y en la Iglesia «enfrentada con el régimen»;

—ha afirmado que «el pueblo saldrá a la calle a reclamar la formación de un gobierno provisional y el Ejército le apoyará»;

—ha dicho que su partido «existe en cada ciudad, en cada pueblo, que está organizado en todas partes y abrirá de la noche a la mañana sus locales por doquier», y que sus efectivos se cuentan «por decenas de millares» de afiliados;

—ha clamado «yo me esfuerzo en vano por explicar a los americanos con los que hablo: la izquierda española no entiende provocar cambio alguno en el actual equilibrio estratégico; el mundo de hoy es demasiado inestable como para que nos pongamos a alterar el equilibrio en favor de uno o de otro. Me refiero a los bloques militares, a las bases militares, al desarme. Los comunistas españoles no deseamos una España antiamericana».

¿Y qué ha quedado de toda esa verborrea?

Ha muerto el general Franco y ha sido entronizada la monarquía continuista de Juan Carlos; se ha promulgado un «indulto» que es una burla, pues han salido a la calle centenares de presos comunes, entre ellos Juan Vila Reyes, el principal encartado en el «asunto Matesa», y siguen en las cárceles la mayoría de los presos políticos; la policía sigue deteniendo a centenares de personas por intentar hacer uso del derecho de opinión y manifestación, y la guardia civil sigue asesinando a mansalva, como en el caso del joven Luis Javier López de Guareño, en Beasain, «presunto miembro de ETA», dice la prensa.

Los vaticinios de S. Carrillo en torno al conde de Barcelona y a su hijo Juan Carlos han caído por tierra. El comunicado hecho público en París el pasado 21 de noviembre por Don Juan viene a confirmar lo que hemos dicho en nuestra Declaración del 7 de noviembre y ha ratificado nuestro secretario general, Enrique Lister, en el mitin de «La Mutualité», de París, el 16 del mismo mes: «Entre el conde de Barcelona y su hijo Juan Carlos existe un acuerdo tácito para rescatar la corona de los Borbones, que éstos perdieron en 1931 tras decenios y decenios de ignominias y felonías. Don Juan no es ni más ni menos que una baza en reserva de la reacción española».

La Iglesia se ha colocado inmediatamente al lado de la monarquía de Juan Carlos, como hemos podido ver en las semanas transcurridas desde la muerte de Franco. Y así lo han manifestado en su retorcido lenguaje altas jerarquías, como el Cardinal Primado de España, arzobispo de Toledo, Marcelo González Martín; el arzobispo de Zaragoza y miembro de los Consejos de Regencia y del Reino, Cantero Cuadrado y, por último, el presidente de la Conferencia Episcopal española, Vicente Enrique y Tarancón, sobre todo en su homilía del 27 de noviembre en la misa de los Jerónimos; en esa declaración dijo, dirigiéndose a Juan Carlos: «la Iglesia no puede regatearos su estima y orientación, ni tampoco su colaboración».

No es necesario esgrimir muchos argumentos para rendirse ante la evidencia del apoyo de los altos mandos de las Fuerzas Armadas al nuevo rey. Y no digamos de la disposición a prestar su concurso para afianzar la monarquía por parte de los representantes más conspicuos de la «derecha civilizada», los Fraga Iribarne, conde de Motrico, Garrigüés y otros, por no hacer más extensa la relación.

En sus declaraciones del 3 de diciembre a «La Vanguardia», Manuel Fraga Iribarne pidió se concediese «un plazo no mayor de dos años» al actual «sistema político y jurídico» para que éste se adapte «a las realidades sociales de España»; se opuso a la «ruptura democrática», se pronunció por la «reforma» y abogó por un «pacto

nacional» de todos los «hombres que piensan que la reforma es superior a la 'ruptura'».

El conde de Motrico se ha pronunciado también, en declaraciones a «France-Soir» del 14 de diciembre, favorable a la creación de un «pacto nacional», pero opuesto igualmente al restablecimiento inmediato de las libertades democráticas, con la agravante de que si Fraga pide un plazo de dos años para que el pueblo pueda hacer uso de las libertades más elementales, el conde de Motrico pide un eracia, después de cuatro decenios de fascismo!

Así, pues, expresión de ese «pacto nacional» es el primer gobierno de la monarquía juancarlista. Está presidido por Arias Navarro, hombre de hechura fascista, incondicional hoy de Juan Carlos como lo fue ayer de Franco; polizone de larga experiencia en la represión franquista; desde los años de la guerra civil hasta nuestros días inclusive, y progenitor del decreto «antiterrorista» que se ha abatido cruelmente sobre la oposición obrera y democrática. Arias Navarro tiene teñidas las manos con la sangre de Puig Antich y de los otros jóvenes revolucionarios ejecutados el 27 de septiembre.

El nuevo gobierno está integrado, además, por los llamados «franquistas liberales» como Fraga Iribarne, Areilza y Garrigüés; falangistas moderados; generales fieles a las instituciones fascistas creadas por el extinguido caudillo; tecnócratas «modernos» estrechamente vinculados a los círculos económicos e industriales del país; demócratas cristianos de derecha, católicos conservadores bien relacionados con el Vaticano; diplomáticos y hombres de negocios muy ligados a los círculos políticos y financieros de Estados Unidos, etc., etc.

En su primera reunión del 15 de diciembre, el nuevo gobierno de la monarquía ha aprobado una declaración política que es presentada como un programa liberal. En él se habla, entre otras cosas, de la reforma de las instituciones representativas para ampliar sus bases sociales, de la extensión de las libertades y los derechos de los ciudadanos, de una mayor justicia social y del reforzamiento de la unidad de España con el reconocimiento institucional de las regiones.

No obstante, quedan intactos los Consejos de Regencia, del Reino, del Movimiento «Nacional» y las llamadas «Cortes Españolas», instituciones del sistema jurídico-político vigente, y se niega el restablecimiento de los derechos de expresión, huelga, asociación, reunión y manifestación; siguen prohibidos los partidos políticos y no existe la libertad sindical; no se conceden tampoco las libertades a Euskadi, Cataluña y Galicia. Y sólo, como una profunda medida democrática, Fraga Iribarne promete aumentar el número de «procuradores del tercio familiar», pero sin hacer la menor alusión al sufragio universal ni a elecciones libres para determinar el régimen que el pueblo quiera darse a sí mismo.

Si éas son las líneas generales del presunto «liberalismo político» del nuevo gobierno, en cuanto a su «liberalismo económico» las masas trabajadoras conocen únicamente la congelación de los salarios, el alza constante de los precios y del coste de la vida, el aumento del paro y la carencia de defensa frente a la feroz explotación de que son víctimas por parte de la rapaz burguesía monopolista española.

Todo ello lleva al Comité Ejecutivo del P.C.O.E. a caracterizar al primer gobierno de la monarquía de Juan Carlos como un gobierno franquista, autoritario, que se opone al restablecimiento de las libertades democráticas y representa, en fin de cuentas, la continuidad del régimen político instaurado por el general Franco; como un gobierno que es fruto de una negociación política entre sectores de las clases dominantes a expensas de las aspiraciones democráticas del pueblo; como un gobierno que tiene por meta propiciar un nuevo equilibrio entre esos sectores mediante un programa de reformas seudodemocráticas que retoquen la repulsiva fachada del sistema político y jurídico actual, pero dejando intacto el poder de dichas clases; que siembre ilusiones con su demagogia entre ciertas capas de la opinión española en los mecanismos integracionistas de la Europa de los monopolios.

## LA MONARQUÍA JUAN CARLISTA SIMBOLIZA EL CONTINUISMO FRANQUISTA

S. Carrillo ha asumido una grave responsabilidad contribuyendo a dar un barniz de liberales y demócratas a franquistas como el conde de Motrico, Fraga Iribarne y Garrigüés, que desempeñan un papel preponderante en el nuevo gobierno. En la mente de todos está fresca todavía la insistente propaganda de Carrillo de que la instauración de la democracia en España dependía en gran parte de los hombres más representativos de la «derecha civilizada», de los «capitalistas modernos inteligentes», del Ejército y de la Iglesia, ocultando a sabiendas que esas fuerzas políticas representan, en última

1. Todos los entrecuadrados pertenecen a numerosas declaraciones hechas por S. Carrillo e intervius concedidas por él.

instancia, los intereses generales de las clases dominantes españolas, intereses que no pueden coincidir con los de las masas populares, con los de la democracia española.

Ahora que ha quedado en la estacada, S. Carrillo no dice ni pío de la «derecha civilizada» ni de los «capitalistas modernos inteligentes», que junto con él iban a traer la libertad al pueblo, y augura con la irresponsabilidad que le caracteriza, que la vida del nuevo gobierno será efímera, que no durará más de dos meses. No podemos precisar en estos momentos cuanto tiempo va a vivir el nuevo gobierno Arias Navarro-Fraga-Areilza-Garrigués, pero de lo que sí estamos seguros es que la duración de éste dependerá del grado de presión que ejerza sobre él la acción revolucionaria de la clase obrera y de otros sectores democráticos de la sociedad española.

El Comité Ejecutivo del PCOE reitera una vez más que el camino de los conciliábulos, de los compromisos sin principios, de la negación de la lucha de clases y del papel homogenizador de la clase obrera en la revolución no puede conducir a una honda transformación democrática de nuestra patria.

Al mismo tiempo, el Comité Ejecutivo es consciente de que la campaña propagandística desplegada por los círculos de la burguesía monopolista americana y europea de que «España está en trance de cambiar», «el gobierno español emprende resueltamente la vía de las reformas liberales», «en España ha llegado el fin del franquismo», «creará ahora dificultades suplementarias a nuestro pueblo en su lucha por un auténtico restablecimiento de las libertades democráticas. Esos mismos círculos sostuvieron siempre al régimen fascista del general Franco, pero no se atrevían a presentarlo abiertamente, como si se tratara de una enfermedad secreta, como componente del «mundo libre» y de la «civilización occidental». Sin embargo, ahora, la instauración de la monarquía de Juan Carlos permite a esos mismos círculos realizar una amplia propaganda acerca de la «voluntad de liberalización y democratización» del sucesor de Franco para incorporar a España, por razones geográficas, políticas y militares, a sus planes estratégicos y a sus sistemas de integración.

Los círculos imperialistas han extendido a la monarquía de Juan Carlos un «visado para Europas», y al gobierno «aperturista» de Arias Navarro el «aval del continuismo franquista». Se vislumbra la inmediata «descongelación con España» para que ésta pueda entrar por la puerta grande en la OTAN y el Consejo Europeo, ampliar sus acuerdos preferenciales con el Mercado Común y establecer una nueva alianza con Estados Unidos al objeto de afianzar ése su presencia en nuestro país, tanto en el terreno militar como en el económico y el político. Un primer indicio de esta perspectiva es la participación de España en la llamada Conferencia Norte-Sur (Conferencia Internacional de Cooperación Económica), celebrada en París.

### CARRILLO CONTRIBUYE CON SU POLITICA A CONSOLIDAR EL ACTUAL GOBIERNO CONTINUISTA

Así pues, a S. Carrillo de nada le ha valido arrastrarse servilmente ante ciertos círculos imperialistas estadounidenses, organizar viajes «charter» a Estrasburgo para entrevistarse con «parlamentarios europeos» y brindarles banquetes. Su fracaso se debe al imperativo de los intereses que, en definitiva, mueven a la burguesía monopolista americana y europea, y a que ésta encuentra un interlocutor más idóneo en el conde de Motrico que en S. Carrillo, aunque no puede descartarse que esa burguesía utilice los servicios del dirigente oportunista siempre que ello redunde en beneficio de ella.

De todo esto se desprende la necesidad de que la opinión democrática internacional, en primer lugar la clase obrera de los países capitalistas de Europa, desenmascaren a la monarquía juan-carlista como continuismo del fascismo franquista, y sigan con redoblada intensidad prestando su solidaridad al pueblo español para que reconquiste la democracia.

En el somero análisis que estamos haciendo de la trayectoria política seguida en los últimos tiempos por S. Carrillo aparece también con nitidez el «bluff» que constituye el alarde de fuerza de su partido que hace, cuyos efectivos —según él— se cuentan por docenas de miles. Un dirigente de la oposición de izquierda le ha hecho recientemente un reproche muy justificado en una revista francesa, diciéndole que si es verdad que cuenta en España con 70 u 80.000 militantes como pretende hacer creer, «es imperdonable que no haya salido ya a la calle!... Todo eso es una falta de seriedad...»

Los llamamientos a la huelga y la convocatoria hechos estos últimos días por una serie de partidos y organizaciones de la oposición han puesto de manifiesto una vez más que, hoy por hoy, sólo

una vanguardia obrera y democrática se mueve en nuestro país y que, pese al derroche de valentía y abnegación que ésta muestra, el nivel general de organización de los trabajadores y de las masas populares es todavía insuficiente para realizar una gran acción que imponga la democracia.

La conquista de la libertad en nuestro país no es tarea fácil. En documentos y declaraciones, el Partido Comunista Obrero Español viene afirmando que sólo a través del desarrollo de las luchas reivindicativas más sentidas de las masas populares —como la liberación de los presos políticos y sindicales, el retorno de los exilados, la derogación del decreto «antiterrorista», la descongelación de los salarios, medidas contra el paro, la seguridad del puesto de trabajo, las libertades democráticas y el reconocimiento de la personalidad histórica de Euzkadi, Cataluña y Galicia— se podrá llegar a la huelga general política. Esta acción creará las condiciones para que todo ese movimiento desemboque en una insurrección popular dirigida a la toma del poder político por la coalición de fuerzas de la izquierda española y a la instauración de un verdadero régimen democrático, que en las actuales circunstancias históricas no puede ser otro que la República.

### DOLORES IBARRURI COMPLICE DE LA POLITICA CARRILLISTA

Si el primer objetivo de la operación publicitaria en torno a la conmemoración de los ochenta años de Dolores Ibárruri respondía a razones de orden interno, el segundo objetivo se debía a motivaciones de orden externo.

La elección de Roma como lugar para llevar a cabo la operación publicitaria y la amplitud desorbitada que se ha dado al acto no eran productos de la casualidad.

El aniversario de Dolores Ibárruri ha servido a Santiago Carrillo y Enrico Berlinguer para organizar en Roma una manifestación conjunta de sus dos partidos, los máximos exponentes en el sentido ideológico del «comunismo occidental» o «euro-comunismo».

La intervención de Dolores Ibárruri en el Palacio de Deportes de la capital italiana ha sido la de siempre. Ha estado dedicada a evocar su procedencia de mineros, de católicos y carlistas, a hacer los a las jerarquías católicas españolas y a los «slogans» a que nos tiene acostumbrados, como «¡Pasaremos!» y «¡Hasta pronto, en Madrid!».

Las intervenciones de Carrillo y Berlinguer han estado destinadas a subrayar sin ambages los postulados fundamentales de su «comunismo occidental», como, por ejemplo, la necesidad de revisar la teoría del socialismo científico, de adaptarlo a las «condiciones históricas actuales», de trazar las «vías de avance hacia el socialismo, todavía en parte inexploradas», y de elaborar una estrategia y una táctica específicas para los países capitalistas de Europa, enfrentada a las de otros partidos comunistas y obreros de nuestro continente.

S. Carrillo, sobre quien ejerce una autoridad tutelar, como es sabido, la dirección del partido italiano, ha sido más explícito que Berlinguer en la exposición de algunos aspectos del «euro-comunismo» y ha aprovechado bien su estancia en Roma.

En declaraciones hechas el 14 de diciembre, el mismo día de la celebración del mitin en honor de la «Pasionaria», al periódico romano «La Stampa», Carrillo ha dado nuevos pasos para ahondar las divergencias surgidas en el seno del movimiento comunista europeo.

En ellas ha dicho, entre otras cosas, que «no puede existir una línea común entre los partidos comunistas de los países capitalistas y los partidos-Estado del Este europeo» y que «si existiera, habría violación del principio de la coexistencia pacífica» pues «en efecto, no es a un otro partido comunista, sino a un otro Estado a quien se daría la posibilidad de inmiscuirse en nuestros asuntos, de interferirse en nuestra estrategia».

Ha reafirmado su opinión de que el leninismo es un fenómeno puramente ruso y consecuencia de una contingencia histórica determinada, y que la tarea de los comunistas es «redescubrir la flexibilidad teórica del leninismo».

Aboga por «una reestructuración del internacionalismo, fundado en una coordinación de nuestra acción con el resto del movimiento obrero de Europa Occidental. Con los partidos-Estado del Este podemos seguir manteniendo contactos, pero la prioridad es al lado de Occidente. Yo creo que el viejo internacionalismo es un residuo histórico destinado a desaparecer».

Y, por último, le da la puntilla a la conferencia de los partidos comunistas y obreros de Europa al señalar que «la conferencia podrá celebrarse, pero a condición de que no sea una conferencia ideológica». Y añade que «la conferencia puede ser la ocasión para hacer un llamamiento a todas las fuerzas democráticas no sólo comu-

nistas, sobre los temas generales de la paz y la cooperación».

Ignoramos la opinión de Dolores Ibárruri sobre las declaraciones de S. Carrillo acerca de los «partidos-Estado del Este europeo», de la sentencia de éste contra la «conferencia de los partidos comunistas y obreros de Europa», de la anulación práctica del leninismo y de la liquidación del internacionalismo proletario, sobre todo, con dichos «partidos-Estado del Este», debido a ser según él «algo destinado a desaparecer». Pero la realidad es que hasta ahora no ha habido ninguna reacción de la «Pasionaria» a esas declaraciones. De seguir un viejo proverbio, no podríamos por menos de decir «quien calla otorga».

Mal se avienen, a nuestro juicio, las declaraciones de Carrillo —secretario general del partido que ella misma preside— con el hecho de que la «Pasionaria» goce de la hospitalidad y del respeto de los ciudadanos soviéticos y de que su gobierno le haya concedido una de las más altas condecoraciones con motivo de sus ochenta años. Posiblemente esas declaraciones responden al postulado del «comunismo occidental» de la «unidad en la diversidad» y no nos extrañaría volver a oír por las antenas de las radios de la Unión Soviética y de otros países socialistas diatribas sobre la política que practica el partido carrillista.

Esas declaraciones de S. Carrillo, y muchas otras que hace en sus continuos viajes por Europa, como un verdadero trotamundo serían inconcebibles si no fueran el resultado de un largo proceso que ha desembocado en la conformación de un verdadero centro ideológico —con pretensiones de dirigente— en el movimiento comunista europeo, integrado por los partidos comunistas italiano y francés y por el partido carrillista, con su plataforma ideológica, su estrategia política y su táctica comunes.

### UN EJE POLICENTRISTA CONTRA LA UNIDAD DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL.

Como es sabido, la conformación de este centro ideológico se inició prácticamente con la reunión Berlinguer-Carrillo el 11 de julio de 1975, en Roma, y con la de Berlinguer-Marchais, el 15 de noviembre, también en Roma, de cuyas reuniones emanaron dos llamados «documentos históricos»: la «Declaración común PCI-PC de E.» y la «Declaración común PCI-PCF», que recogen los lineamientos ideológicos principales de ese nuevo centro. Dichas reuniones tuvieron como complemento el mitin de París, el 25 de noviembre, convocado por la dirección del PCF., y en el que Georges Marchais y Santiago Carrillo sellaron con un abrazo la reconciliación entre ambos.

No obstante, esa reconciliación choca con «peros» a la hora de aplicar las orientaciones del nuevo centro. Así, la dirección del PCF hace publicar en el órgano del Comité Central, el 17 de diciembre, un artículo sin firma referido a las declaraciones de Carrillo a «La Stampa» y a «El Manifesto». En esencia, «L'Humanité» no refuta ni rechaza las afirmaciones fundamentales, de fondo, del líder del revisionismo español, ni la existencia del centro puesto en pie por Berlinguer, Marchais y Carrillo; se limita a protestar contra la pretensión de Carrillo de enseñar a los dirigentes franceses cómo llevar a la práctica el «bloque histórico» y contra su aspiración a ser el artífice de un presunto «bloque occidental sud-europeo».

Carrillo y su equipo ya intentaron en la Conferencia de los Partidos Comunistas de los países capitalistas de Europa, celebrada en Bruselas en 1974, dividir el movimiento comunista de nuestro continente. Pero entonces no habían madurado las condiciones para exponer abiertamente sus designios escisionistas.

En el documento del Comité Ejecutivo del PCOE de enero de 1974, titulado «Posición del PCOE, ante algunos problemas actuales del movimiento comunista internacional», denunciábamos que S. Carrillo se proponía presentar a la Conferencia de Bruselas una plataforma que sirviera de base para la elaboración conjunta de una «imagen de marca» de lo que «el socialismo puede y debe ser en esta parte del mundo». Y no fue casual que uno de los voceros carrillistas más recalcitrantes explicara esa idea diciendo: «...y si esa imagen de un socialismo adecuado a nuestra sociedad de Europa occidental es presentada conjuntamente por los partidos comunistas de la Europa capitalista, eso nos da, y nos dará, una fuerza mucho mayor».

El nuevo centro tiene una plataforma ideológica común, cuyos supuestos fundamentales están inspirados en la línea política que viene propugnando la dirección del Partido Comunista Italiano; a saber, la «unidad en la diversidad» la «vía europea al socialismo» en base al «modelo italiano», y una «Europa independiente que no sea antisoviética ni antiamericana».

La «unidad en la diversidad» no puede conducir más que a la división del movimiento comunista internacional, al «policentrismo»,

o sea, a la dispersión de esfuerzos y acciones frente al enemigo común, el imperialismo. La «vía europea hacia el socialismo» o «modelo italiano», parte del supuesto de que en los países capitalistas desarrollados existen ya hoy «elementos de socialismo» y que de lo que se trata es de que la clase obrera vaya dando contenido socialista a las instituciones democráticas burguesas de modo pacífico y gradual, mediante la utilización de la legalidad capitalista, sin salto revolucionario, lo que es contrario al socialismo científico, a las leyes universales de la revolución socialista referendadas por la experiencia histórica. En cuanto a una «Europa independiente que no sea antisoviética ni antiamericana» no es otra cosa que propugnar de hecho el mantenimiento del *status quo* social imperante en nuestro continente, marginando la lucha por el socialismo y, por ende, las búsquedas de vías y formas para acelerar el proceso revolucionario en aras de un objetivo común supremo, es decir, la transformación socialista de la Europa capitalista.

El nuevo centro conformado en el movimiento comunista europeo tiene también una estrategia común, que la dirección del partido italiano denomina «compromiso histórico» y la del partido francés «unión del pueblo de Francia». Carrillo no ha dado todavía nombre propio a su estrategia y por eso declara sin circunloquios que España es el país más maduro de Europa para aplicar el «compromiso histórico».

Los dirigentes italianos y franceses vienen repitiendo como una cantinela que los «tiempos de la Internacional Comunista no sólo han pasado, sino que están definitivamente sobrepasados», que hoy no puede haber un centro rector de los partidos comunistas, que no existe un partido dirigente, que la «política no se hace en Moscú», que no es posible concertar una plataforma y una estrategia comunes, etc., etc. Sin embargo, se han convertido ellos mismos en los propulsores principales de la formación de un centro en el movimiento comunista europeo y en los artífices de una plataforma política y de una estrategia comunes, con la particularidad de que pretenden hacer aceptar esa plataforma y esa estrategia a todos los demás partidos comunistas de Europa occidental, pese a sus particularidades históricas y de desarrollo y a las diferencias de nivel cultural, grado de organización y conciencia de la clase obrera y de las masas populares.

El nuevo centro conformado por los dirigentes italianos y franceses y el partido carrillista se propone, pues, colocar bajo su égida a los demás partidos comunistas de los países capitalistas de Europa, reagrupándolos en torno a su plataforma oportunista y a la estrategia del «compromiso histórico», distanciados de los partidos de los tural, grado de organización y conciencia de la clase obrera y de internacionalismo proletario.

Debe reconocerse que la propaganda capitalista saca buenos réditos de las divergencias surgidas en el movimiento comunista europeo y del distanciamiento cada vez mayor de los partidos italiano, francés y carrillista respecto a los partidos de la Unión Soviética y de otros países socialistas.

Esta situación es el origen de las dificultades que encuentra la celebración de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa, y los intentos que hacen los tres componentes del nuevo centro para diferir la conferencia y reducirla a un simple intercambio de opiniones o a la aprobación de una declaración de todos los partidos europeos en favor de la política de distensión y cooperación que aplica la Unión Soviética, dejando sobre el tapete y sin respuesta los problemas candentes del movimiento obrero revolucionario europeo y defraudando las grandes esperanzas que tienen puestas las masas trabajadoras en los partidos comunistas. Ello daría luz verde a la proliferación aún mayor de toda clase de oportunismos de derecha e izquierda.

Por eso, el Comité Ejecutivo estima que la elaboración por todos los partidos comunistas y obreros europeos de una línea única antiimperialista constituye la premisa básica para formar en Europa un frente antimonopolista, que sincronice la actividad política de los partidos e impulse el progreso social en nuestro continente con vistas a la transformación revolucionaria de la Europa de los monopolios en una Europa socialista.

Todas las consideraciones expuestas han llevado, en fin, al Comité Ejecutivo a denunciar públicamente los verdaderos objetivos que perseguían los promotores de la concentración en Roma en torno al 80 aniversario de Dolores Ibárruri, objetivos que siembran la confusión en las filas comunistas, ahondan las divergencias en el movimiento comunista europeo y constituyen una operación de división en la lucha por la democracia y el socialismo en España.

COMITE EJECUTIVO DEL PARTIDO COMUNISTA OBRERO ESPAÑOL

19 de diciembre de 1975